

ñar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día. A los sacerdotes les recuerdo que el confesionario no ha de ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien. Un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin afrontar importantes dificultades.

A todos ha de llegarles el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas» (EG 44).

Conozcamos lo que dice y hace Jesús

Hablar de «misericordia», pues, es hablar de ternura, de compasión y -según el Evangelio- de perfección. Es el ideal de vida que hay que conseguir cada día más en nuestro caminar cristiano. Su razón de ser está en el amor tal como Jesús nos ha revelado y nos lo da. Será bueno que, sigamos reflexionando haciendo lectura y oración con clave a estos términos llamados: «misericordia», ternura, compasión, perdón... y vayamos conociendo a fondo todo lo que Jesús nos propone para nuestra relación con Dios y con los demás. Fijémonos en estos dos textos: LC 10,25-37: actuar con misericordia como lo hizo el buen Samaritano. Mt 25, 31-46: actuar con compasión hacia nuestros hermanos más pequeños.

El modo de actuar de Jesús es la manifestación del amor misericordioso de Dios, a quien nombra su Padre y nuestro Padre. La expresión ya lo dice todo. Los preferidos de Jesús son los pobres y los pecadores, los que encuentran en él un amigo a quien le gusta estar con ellos, aunque eso le cree problemas con los estamentos más conservadores de la sociedad y la religión judía. La «misericordia» que ejerce hacia las multitudes que le siguen adquiere tonos muy personales de detalles con personas concretas. Si Jesús fue misericordioso con todos, es bueno reconocer como lo llamaban y qué le decían: «Señor, ¡ten piedad de nosotros!». En el fondo, el anuncio que siempre hace Jesús, con palabras y hechos, es este: «Dios te ama, Dios os ama». Lo decía a las personas que estaban sufriendo el rechazo social y religioso, enfermos y pecadores públicos que eran excluidos de la convivencia humana. Todo el Evangelio y los escritos del Nuevo Testamento nos dan testimonio. Todo esto, amar tanto y tanto, le costó la vida a Jesús y, esta, vivida con amor incondicional, es la fuente de que llamamos «misterio pascual», es decir, el misterio de la muerte y resurrección que da sentido a nuestra fe y a toda nuestra vida cristiana. Dios, en la persona de Jesús, nos ama tanto, que perdona siempre y olvida, en él encontramos la mayor prueba del amor misericordioso de Dios y la raíz por la cual nos abrimos a la esperanza.



ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO PARA EL AÑO DE LA MISERICORDIA

Señor Jesucristo, tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el Padre del cielo, y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él. Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación. Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo y a Mateo de la esclavitud del dinero; a la adúltera y a la Magdalena de buscar la felicidad solamente en una creatura; hizo llorar a Pedro luego de la traición, y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido.

Haz que cada uno de nosotros escuche como propia la palabra que dijiste a la samaritana: ¡Si conocieras el don de Dios! Tú eres el rostro visible del Padre invisible, del Dios que manifiesta su omnipotencia sobre todo con el perdón y la misericordia; haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de Ti, su Señor, resucitado y glorioso.

Tú has querido que también tus ministros fueran revestidos de debilidad para que sientan sincera compasión por los que se encuentran en la ignorancia o en el error; haz que quien se acerque a uno de ellos se sienta esperado, amado y perdonado por Dios.

Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción para que el Jubileo de la Misericordia sea un año de gracia del Señor y tu Iglesia pueda, con renovado entusiasmo, llevar la Buena Nueva a los pobres proclamar la libertad a los prisioneros y oprimidos y restituir la vista a los ciegos.

Te lo pedimos por intercesión de María, Madre de la Misericordia, a ti que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.



BASÍLICA MARÍA AUXILIADORA

El papa Francisco, enamorado del Dios que es misericordioso, nos quiere ayudar a vivirlo aún más. Por eso ha proclamado un Jubileo, un Año santo de la «Misericordia» que empezará el día 8 de diciembre de 2015, fiesta de la Inmaculada Concepción y finalizará el último domingo del año litúrgico, la fiesta de Cristo Rey, en noviembre de 2016. Tendremos mucho tiempo, si Dios quiere, de profundizar y vivir el gozo de la misericordia.

La revolución de la ternura

MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE



Si algo da sentido pleno a la letra y la palabra del Papa Francisco es la palabra «misericordia». Unida a la acción perenne de Dios, la «misericordia» nos abre las puertas a sus dimensiones para descubrir cómo es Dios, cómo ama, cómo perdona, cómo nos acompaña. Más que el perdón contemplado en sí mismo, la «misericordia» supera cualquier límite, toda previsión humana hacia nuestra relación con Dios y entre nosotros. Cuando estamos invitados -dice el papa Francisco- a «renovar ahora mismo nuestro encuentro con Jesucristo o, al menos a tomar la decisión de encontrarnos con él, de intentarlo cada día sin descanso», dice que «Dios no se cansa nunca de perdonar; somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su «misericordia»». Aquél que nos invitó a perdonar «setenta veces siete» (Mt 18,22) es un ejemplo para nosotros: él perdona siempre. Vuelve a cargarnos sobre su espalda una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e indestructible. Él nos permite levantar la cabeza y volver a comenzar, con una ternura que jamás desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría» (EG 3).

«Es mi deseo, en efecto, que el jubileo sea experiencia viva de la cercanía del Padre, como si se quisiese tocar con la mano su ternura, para que se fortalezca la fe de cada creyente y, así, el testimonio sea cada vez más eficaz.»

(De la carta del Papa Francisco para el año de la Misericordia)

CATEQUESIS DEL AÑO DE LA MISERICORDIA





El papa Francisco, un hombre seducido por la misericordia

Da mucho que pensar que un papa como Francisco diga con toda humildad «soy un pecador en quien el Señor ha puesto sus ojos» y se vea reflejado en aquél relato evangélico de la llamada a Mateo: «Jesús vio a un publicano y mirándolo con amor y eligiéndolo, le dijo: ¡sígueme!». De este fragmento evangélico sacará su lema episcopal, con el que ha querido proyectar su ministerio. Francisco es un hombre totalmente seducido por la misericordia de Dios y es desde esta experiencia que debemos entender muchas de sus intervenciones. Y es esto lo que le hace ser un hombre libre. Sólo un hombre así y seducido por el amor de Dios es capaz de reconocerse pecador y llamar a todos a la conversión. Se está dirigiendo a toda la Iglesia y también a los hombres y mujeres de buena voluntad, también a los políticos y responsables de organismos internacionales. Pide la paz, el ejercicio de los derechos humanos, acompañar con «misericordia» a todos, más presencia de la mujer en lugares de responsabilidad eclesial, la atención a los refugiados y a todos los que viven las viejas y nuevas pobrezas, la presencia y la solidaridad con los que están relegados a las periferias geográficas y existenciales.

Jesús nos dice: ¡Sed misericordiosos!

La «misericordia», como actitud y virtud evangélica, nos acerca al mismo ser del Dios que nos ha revelado Jesús. En su ministerio en Galilea, como propuesta conclusiva al llamado Sermón de la Montaña, Jesús dice con toda claridad: «Sed perfectos como lo es vuestro Padre Celestial» (Mt 5,48). Esta perfección cobra mayor sentido cuando apunta a un modo de amar más ilimitado —como es el amor a los enemigos— es definido con la palabra «misericordia» y dice: «Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre» (Lc 6,36). Se trata de un estado de perfección que define a los seguidores de Jesús y toca de lleno el modo de tratarnos los unos con los otros, con la invitación a que sea siempre hecha desde el amor, tal y como Jesús y el Padre nos enseñan a amar. Es impresionante a qué extremo Jesús quiere que lleguemos, especialmente si tenemos en cuenta el mandamiento del amor y las exigencias que conlleva para que sea «misericordioso». Haciendo una lectura detallada, incluso lectio divina y oración, del texto que precede a la incitación a la misericordia: Lc 6, 27-35.

La misericordia nos hace libres

Una Iglesia en salida, una Iglesia misionera que actualmente está presente en todas las periferias de la sociedad, encarnada como Jesús, ha de ejercer la «misericordia tanto en su forma de vivir, de actuar como de predicar. En este sentido, el papa Francisco nos pide hacer una profunda revisión para que el auténtico rostro del Dios misericordioso sea conocido y reconocido en nosotros. El papa Francisco, cuando en su Exhortación Apostólica Evangelii gaudium, se refiere a la misión que se encarna en los límites humanos dice que «Santo Tomás de Aquino destacaba que los preceptos dados por Cristo y los Apóstoles al Pueblo de Dios son poquísimos. Citando a San Agustín, advertía que los preceptos añadidos por la Iglesia posteriormente deben exigirse con moderación «para no hacer más pesada la vida de los fieles» y convertir nuestra religión en una esclavitud, cuando, «la misericordia de Dios quiso que fuera libre». Esta advertencia —sigue el papa Francisco—, hecha unos cuantos siglos atrás, tiene una tremenda actualidad. Debería ser uno de los criterios a considerar a la hora de pensar una reforma de la Iglesia y de su predicación que permita realmente llegar a todo el mundo» (EG 43).

En el corazón de las bienaventuranzas, ¡felices los compasivos!

Lo que propone con actitud de «misericordia» es un modo de hacer y un estilo de hablar. Aquí juegan mucho las palabras «compasión» y «ternura» con todo su contenido. Ya conocemos la bienaventuranza de la misericordia: «Felices los compasivos: Dios se compadecerá de ellos» (Mt 57). Desde esta proyección, debemos hacer un elogio a la ternura como aquella forma de relación que nos humaniza y nos acerca a rehacer innumerables situaciones humanas enquistadas en la dureza del corazón. Hablar y actuar con ternura nos hace descubrir desde la fe que Dios ha sembrado en nuestro interior algo que nos hace ser originales y fecundos y, además, hace que le entendamos y nos entendamos con el lenguaje del corazón. Así, podemos entrever que un misterio de amor se ha apoderado de nuestras vidas. Si lo aplicamos a la predicación de la Iglesia donde todo gesto misericordioso puede ser enormemente significativo, el papa Francisco dice que «el que predica debe reconocer el corazón de su comunidad para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios, y también dónde éste diálogo, que era amoroso, ha sido sofocado y no pudo dar fruto» (EG 137).

Es más, en relación con el ministerio pastoral del Perdón, dice que «sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompa-

ORACIÓN

Texto bíblico: Flp. 4, 6-7

No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias.

Y la paz de Dios, que supera todo conocimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

Silencio y reflexión personal.

Después de unos momentos de reflexión, comentamos la Palabra de Dios y seguimos con el salmo 50.

ORACIÓN (Salmo 50).

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado: contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces.

Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría. Rocíame con el hisopo: quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso: enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti.